

EL ABEDUL DE MI NIÑEZ

POR JOSE LUIS MUÑOYERRO

Cuando por la tarde, salíamos de la escuela en tropel, cantando, gritando y empujándonos, íbamos siempre a jugar alrededor del abedul de la plaza.

Hacíamos rayas en su corteza blanca para ver cuanto crecía y también para ver lo que crecíamos nosotros. Un año sobrepasé en tres dedos mi marca del año anterior, fue el año en que se me quedaron cortos unos magníficos pantalones de pana recién estrenados.

Las rayas hechas en la corteza se ensanchaban y se ponían muy feas. Los chicos mayores decían que el árbol estaba enfermo; luego se reían de nosotros por creer que nuestras marcas iban a subir al compás del crecimiento del abedul.

—Es por arriba donde crece, es sólo por arriba— y en verdad que tenían razón pues el árbol engordaba pero las marcas seguían a igual altura.

¡Cuánto le queríamos todos! Había algunos audaces que subían por el tronco y luego se colgaban de las ramas, y él siempre estaba callado. Nunca protestaba cuando le heríamos, y por la mañana, al pasar con los ojos llenos de sueño camino de la escuela, allí estaba él con la corteza limpia y brillante por el rocío.

Buenos días, parecía que nos decía moviendo un poco la copa a impulso de la brisa que bajaba de los montes vecinos, oliendo a tierra húmeda, a hierba cortada y a espino florecido.

¡Qué mala es la guerra! ¡Cuánto mal produce!

Un día vinieron unos aviones rugiendo y arrojaron unas bombas sobre el pueblo.

Del cielo, de donde le venían los cantos y los trinos a mi abedul, de donde caía el agua que le duchaba y le hacía parecer un árbol de cera; de allí, un día que los ruseñores y los jilgueros cantaban como locos, nerviosos sin saber por qué; y las vacas mugían un temor subterráneo en sus tibias cuadras; de allí, le vino la muerte.

La bomba cayó a su lado y la explosión apagó su grito de agonía, porque estoy seguro de que chilló, que lloró antes de morir.



¡Estaba tan contento con nosotros; en su posición privilegiada en el centro del pueblo que le permitía ver las pruebas de bueyes, las apuestas de los forzudos y las alegres romerías; con las caricias y las alabanzas de todos y sobre todo, con nuestros juegos!

Allí quedó tumbado, horriblemente astillado, rozando con las ramas la fachada del derruido ayuntamiento. Causaba dolor verlo.

Con piedad infinita y como recuerdo, cogí un pedazo de su madera para hacerme un barquito; barquito que tuviese a flote mis ilusiones infantiles que irían naufragando una a una.

Al día siguiente tuvimos que evacuar el pueblo; no sé que fue de su tronco despedazado entre las piedras oliendo a pólvora. Fue una víctima de la guerra, igual que yo.

Ahora vivo en una capital, llena de ruidos y de humo. En la escuela y por entre las verjas del patio de recreo suelo mirar a una raquítica acacia que cubierta de hollín crece sobre el asfalto de la acera, y digo:

¡Maldita guerra! ¡Maldita!

Y se me pone un nudo en la garganta al pensar en mi abedul esbelto y frondoso que crecía en una tierra libre y generosa, en el centro de un pequeño pueblo, recostado en un monte lleno de verdes, de azules, de ilusiones.